

JULIANO

DISCURSOS
VI-XII

El emperador Juliano (332-363 d. C.), a quien los cristianos llamaron el Apóstata por su rechazo de la fe cristiana, es un llamativo personaje de las postrimerías del mundo pagano, en un tiempo en que el gran legado cultural helénico se resiste por última vez a ceder la hegemonía cultural al cristianismo. Juliano, formado en la literatura clásica y las concepciones paganas, abandonó con pesar sus estudios cuando se le proclamó César y después Augusto. En el poder, profesó sin disimulo su paganismo, instauró la tolerancia religiosa y recuperó templos y cultos helenos. Defensor de una causa perdida, entre el Edicto de Milán de 313 sobre libertad de culto y el de Teodosio (380) que instaura el cristianismo como religión única del Imperio, su intento de restaurar las viejas creencias en los dioses del Panteón pagano aparece como un patético error histórico.

Juliano fue un gran escritor. Su obra, compuesta en las urgencias de la vida política, forzada a veces al disimulo y al enmascaramiento cortesano, en un ambiente de odios e hipocresías, deja entrever sin embargo su espíritu intenso y su idiosincrásica personalidad.

Este volumen contiene los siguientes grandes discursos de Juliano: Carta a Temistio, Contra el Cínico Heraclio, A la madre de los Dioses, Contra los Cínicos incultos, El banquete o Las Saturnales, Al rey Helios y Discurso de Antioquía o El enemigo de la barba.

Índice de contenido

Cubierta

Discursos VI-XII

VI CARTA A TEMISTIO

Introducción

Sinopsis

Al filósofo Temistio

VII CONTRA EL CÍNICO HERACLIO

Introducción

Sinopsis

Contra el cínico Heraclio

VIII A LA MADRE DE LOS DIOSES

Introducción

Sinopsis

A la madre de los dioses

IX CONTRA LOS CÍNICOS INCULTOS

Introducción

Sinopsis

Contra los cínicos incultos

X «EL BANQUETE» O «LAS SATURNALES» (LOS CÉSARES)

Introducción

Sinopsis

«El banquete» o «Las saturnales» (Los césares)

XI AL REY HELIOS

Introducción

Sinopsis

Al rey Helios

XII «DISCURSO DE ANTIOQUÍA» O «EL ENEMIGO DE LA BARBA» (MISOPOGON)

Introducción

Sinopsis

«Discurso de Antioquía» o «El enemigo de la barba» (Misopogon)

Índice de Nombres

Notas

VI

CARTA A TEMISTIO

INTRODUCCIÓN

Temistio (ca. 317-388), sofista aficionado a la filosofía, hombre teórico y práctico a un tiempo según sus convicciones y actividades, tuvo una relación bastante intensa con Juliano desde los años de educación del príncipe en Constantinopla hasta su marcha a Antioquía o, según Bidez, hasta la llegada a la corte de Máximo de Éfeso a principios del 362. Su actividad filosófica se centró en paráfrasis a diversas obras de Platón y, sobre todo, de Aristóteles^[1], cuyo principal valor actual es el de recopilaciones de otros comentarios más antiguos, mientras que como rétor publicó una larga serie de discursos^[2] en los que junto a su constante proclamación del ideal filosófico del soberano, que parece haber dejado su huella en el segundo panegírico de Constancio y en esta carta de Juliano, aparece también el elogio adulador de los varios emperadores con los que tuvo relación desde Constancio hasta Teodosio. En el año 345 abrió escuela de retórica en Constantinopla, pero ejerció también importantes cargos públicos. Así, en 355 Constancio le nombró miembro del Senado de Constantinopla, a lo que respondió Temistio con un discurso de agradecimiento^[3]. En el año 383 otro emperador cristiano, Teodosio, le nombró prefecto de la ciudad y le encargó la educación de su hijo Arcadio. Es un pagano convencido que, como se ve, sabe entenderse con los cristianos, a los que se libra de atacar, y de ahí su larga vida política. Por otro lado, su afición a Aristóteles determina que su actitud ante las

corrientes neoplatónicas, de las que estaba cada vez más imbuido Juliano, sea de cierta indiferencia.

No está claro si el emperador llegó a ser discípulo suyo, pero sí que lo conoció en sus años de aprendizaje posteriores a Macellum y que mantuvo con él una cierta correspondencia al menos desde el año 354-5^[4], cuyos últimos eslabones conocidos son la carta de Temistio, perdida, a que alude constantemente Juliano en su presente respuesta y un discurso de alabanza de Temistio a Juliano que tampoco nos ha llegado^[5].

Respecto al momento de composición de esta carta, no todos los estudiosos han estado de acuerdo. Siguiendo a Seeck, von Borries^[6] lo situaba antes del segundo panegírico de Constancio por el contenido deliberativo sobre el tema de la realeza y por las dudas y temores que, en su opinión, concuerdan más con su primera etapa de César. Sin embargo, la mayoría lo sitúan en la segunda mitad de noviembre de 361, tras enterarse Juliano de la muerte de Constancio y poco después, por tanto, de la carta a los atenienses. Frente a ésta puede sorprender el silencio sobre Constancio, pero es fácilmente explicable si acababa de morir, y sobre todo la ausencia de referencias a su estancia en Galia al citar sus actividades anteriores^[7]. Empero, repetidas expresiones de Temistio a él dirigidas son difícilmente admisibles en su calidad de César todavía subordinado a Constancio, y su espíritu de constante entrega a la divinidad es el mismo que el de la citada carta a los atenienses, y la tranquilidad que emana de la carta de Temistio, por encima de su preocupación, sería la calma que sigue a la tempestad que se presagiaba en aquella otra carta.

Muerto Constancio, que le había reconocido como heredero en su lecho mortal, ante el inminente gobierno del Imperio y ante las enormes esperanzas en él depositadas por sus correligionarios, Juliano, con humilde sinceridad, medita y expresa en voz alta sus dudas basadas en su con-

ciencia de no poseer cualidades superiores, tal y como requiere tan alta magistratura, y en la necesidad de contar con la fortuna en los asuntos políticos, encomendándose de forma ferviente a la voluntad divina.

SINOPSIS DEL DISCURSO

	<u>Parágrafos</u>
Aunque siempre pensó rivalizar con Alejandro y Marco Aurelio, siente miedo ante la tarea al verse comparado con Heracles y Dioniso y los grandes legisladores antiguos.	1
Su única virtud es ser un enamorado de la filosofía. Alegoría del navegante. Rechazo del precepto de Epicuro de «pasar desapercibido». Sócrates apartó de la política a hombres no dotados.	2
En los asuntos políticos cuenta la virtud, pero también la fortuna. Error de los estoicos al no valorarla. Es más difícil ser digno de ella cuando nos favorece que cuando nos es adversa.	3-4
Testimonio sobre ello de Platón: un rey debe ser un ser divino desterrando la parte mortal de su alma.	5
Que no prefirió la vida cómoda al esfuerzo lo atestigua su vida anterior.	6
Cita de Aristóteles apoyando la anterior de Platón: el reino de la ley exige el reino de dios y de la inteligencia. El gobernante debe ser superior, por su naturaleza y por su vida, al gobernado y debe legiferar sin consideraciones particulares.	7-8
La emulación de los grandes legisladores y cambiar la filosofía de salón por la filosofía al aire libre es lo que le hace dudar. Discusión de un pasaje de Aristóteles citado por Temistio: los «arquitectos de bellas acciones» no serían los reyes, sino los legisladores y los filósofos políticos.	9-10

- Ejemplos de filósofos que fracasaron en política pero fueron conocidos por sus obras o por su talante moral. 11
- Resumen: no es el amor a la vida fácil ni el temor a la vida política lo que le preocupa, sino la conciencia de no tener cualidades superiores y no ser más que un aficionado a la filosofía. 12
- Pide la ayuda de dios y la de los filósofos. Hay que confiar en dios y, si todo sale bien, a él habrá que agradecersele. 13

AL FILÓSOFO TEMISTIO

1. Yo, desde luego, tengo grandes deseos de con- 253
firmarte las esperanzas que me envías por escrito, pero
temo fracasar, ya que es demasiado grande la promesa
que de mí haces a todos los demás hombres y muy es-
pecialmente a ti mismo. Desde hace tiempo creía yo
que debía rivalizar con Alejandro y con Marco^[1] o con
cualquier otro que hubiese sobresalido por su virtud,
pero me invadía un estremecimiento y un miedo prodi- b
gioso de parecer estar completamente alejado del va-
lor del primero y de no alcanzar, ni en una mínima par-
te, la perfecta virtud del segundo. A la vista de lo cual,
me decidí a ensalzar el ocio y yo mismo recordaba con
placer las conversaciones áticas^[2] y consideraba digno
cantar para vosotros, lo mismo que hacen, para aliviar
su esfuerzo, los que llevan pesados fardos por los cami-
nos. Tú, sin embargo, con tu última carta, has aumenta- c
do mi miedo y me has mostrado la enorme dificultad
de la lucha al decir que yo he sido colocado por dios
en el mismo puesto en que anteriormente estuvieron
Heracles y Dioniso, que fueron filósofos y reyes a un 254
tiempo y purificaron casi toda la tierra y el mar de la
maldad que los inundaba. Me ordenas que me despoje
de toda idea de ocio y de vida fácil para examinar cómo
lucharemos de forma adecuada a la situación y me
recuerdas a continuación a todos los legisladores, a So-
lón, a Pítaco, a Licurgo, para afirmar que los hombres

tienen derecho a esperar ahora un legislador más grande que todos éstos.

2. Al encontrarme con estas palabras quedé un tanto estupefacto; en efecto, suponía que era totalmente imposible que tú me estuvieses adulando o mintiendo, pero al mismo tiempo era consciente de que, por naturaleza, yo no poseía ninguna cualidad superior, ni desde el principio ni tampoco ahora, siendo tan sólo un enamorado de la filosofía^[3]. «Pues silencio los acontecimientos intermedios»^[4] que me han impedido hasta ahora satisfacer este amor. Yo no disponía, pues, de lo necesario para interpretar esas palabras tuyas, hasta que dios puso en mi inteligencia la idea de que quizás querías animarme con tus elogios y mostrarme la grandeza de la lucha, a la que es totalmente necesario que esté continuamente expuesto quien vive en medio de los asuntos de gobierno. Pero esto más que empujarme me aparta de tal género de vida. Pues es igual que si alguien, navegando por vuestro estrecho, y no precisamente de forma fácil ni cómoda, escuchara de un vaticinador del arte adivinatoria que tendría que atravesar el mar Egeo y el Jónico y llegar hasta el Mar Exterior^[5], añadiendo el profeta: «Ahora tienes ante tus ojos murallas y puertos, pero cuando llegues allí no verás ni puestos de observación ni rocas, sino que te contentarás con ver a lo lejos alguna nave y saludar a sus ocupantes, y a menudo pedirás a dios que te permita volver a tocar tierra alguna vez y que al final de tu vida, al menos, puedas hallar un fondeadero y devolver tu nave sana y salva y reintegrar a sus seres queridos a tus tripulantes libres de males y entregar tu cuerpo a la madre tierra; y si estos deseos se cumplirán es posible que no lo sepas hasta el último día». ¿Acaso crees que quien escuche tales palabras elegirá para vivir una ciudad cer-

ca del mar y no preferirá mandar a paseo la riqueza y los bienes derivados del comercio, sus muchos conocidos, la amistad extranjera, el conocimiento de pueblos y de ciudades, escogiendo el sabio precepto del hijo de Neocles^[6], que ordena «pasar desapercibidos»^[7]? Tú parece que te has dado cuenta de ello al ponernos en guardia con tus invectivas contra Epicuro y al intentar salir al paso de semejante opinión. Afirmas, en efecto, que a este hombre, desocupado como estaba, le convenía ensalzar el ocio y discutir en sus paseos; yo, por mi parte, hace tiempo que estoy plenamente convencido de que Epicuro se equivocó en esto^[8], pero lo que es necesario aclarar es si debe animarse hacia la política a un hombre cualquiera, inferior por naturaleza y completamente incapaz. Dicen que Sócrates apartó de la tribuna a muchos que no estaban dotados y que intentó retener a aquel Glauco, de quien habla Jenofonte^[9], y al hijo de Clinias^[10], aunque no pudo imponerse al ímpetu del jovencito.

3. ¿Y vamos nosotros a forzar la voluntad y la inteligencia de unos hombres, ordenándoles que se atrevan a empresas tan arduas, de las que no sólo es dueña la virtud y una correcta decisión, sino que más bien dependen en todas partes de la fortuna, que obliga a los asuntos a inclinarse del lado que quiere? Crisipo, que parecía sabio en lo demás y por tal era tenido con justicia, desconoció sin embargo la fortuna, el azar y las restantes causas exteriores del mismo tipo que subyacen en las acciones, y su lenguaje no está en absoluto de acuerdo con lo que el tiempo claramente nos enseña por medio de infinitos ejemplos. ¿En qué diremos que Catón^[11] fue afortunado y dichoso? ¿En qué fue feliz Dión el siciliano^[12]? Quizás no les preocupó para nada la muerte, pero sí el no dejar inacabadas las obras por

las que lucharon desde el principio y por las que hubieran soportado cualquier cosa. Sin embargo fracasaron en ellas y, aunque lo llevaron decorosamente, según se dice, sin lamentarse de su fortuna y obtuvieron de su virtud un consuelo no pequeño, pese a ello no podrían ser considerados felices, puesto que se equivocaron en sus más bellas acciones, a no ser quizás de acuerdo con las disposiciones de la doctrina estoica, a la que hay que responder que no es lo mismo ser elogiado que ser feliz, y que, si por naturaleza el ser vivo tiende a la felicidad^[13], es mejor un final muy feliz de acuerdo con ella que otro interpretado como elogiable según la virtud. c

4. La seguridad de la felicidad no gusta menos que la confianza en la fortuna, y los que viven en los asuntos políticos no pueden respirar sin ella, como se dice, a no ser que alguno afirme que el rey o el general, igual que los que contemplan las auténticas ideas o los que las sitúan falsamente entre los seres incorpóreos o inteligibles, se elevan de algún modo por encima de todo lo que depende de la fortuna, o a menos que sea como aquel hombre de Diógenes «sin ciudad, sin casa, privado de patria»^[14], que no posee nada cuyo éxito o fracaso esté condicionado por aquélla; pero el hombre de quien la costumbre, y Homero, en primer lugar, suele decir que «se encarga de los pueblos y se ocupa de tantas cosas»^[15], ¿cómo podría guardar su puesto si se apartase de la fortuna? Y, si al contrario, se somete a ella, ¿cuánta preparación y prudencia creará que necesita para soportar con dignidad sus bandazos a uno y otro lado, igual que el piloto los del viento? No es admirable oponerse a la fortuna cuando nos hace la guerra; lo que es mucho más admirable es mostrarse digno de los bienes recibidos de ella. Por su causa fue derro- 257

tado el rey más poderoso, el conquistador de Asia^[16], al mostrarse más terrible y fanfarrón que Darío y Jerjes, cuando se hizo dueño de su imperio; por esos dardos fueron derrotados y perecieron totalmente los persas, los macedonios, el pueblo de Atenas, los siracusanos, los magistrados espartanos, los generales romanos y, tras ellos, infinitos emperadores. Sería muy extenso enumerar los que han perecido por la riqueza, por las victorias o por la molicie; los que han sido tragados por las desgracias pasando de libres a esclavos, de nobles a humildes y de su antigua magnificencia a la más extrema pobreza, todos los han visto y ¿para qué voy yo a transcribirlos aquí como si estuviese elaborando un inventario? ¡Ojalá la vida humana desconociese tales ejemplos! Pero ni faltan ni faltarán jamás mientras perdure el género humano.

5. Pero no soy yo el único que piensa que la fortuna ejerce el máximo poder en la acción; puedo citarte las palabras de Platón en sus admirables *Leyes*, que tú conoces y me enseñaste, pero cuyo párrafo, que es más o menos así, te transcribo como prueba de que no he dejado de ocuparme de ello: «Dios gobierna todo y con dios la fortuna y la oportunidad gobiernan la totalidad de los asuntos humanos. Pero, para llegar a un mayor acuerdo, debemos convenir que un tercer principio, el arte, sigue a aquellos dos»^[17]. Y a continuación describe cómo debe ser el artesano y demiurgo de las bellas acciones y soberano divino diciendo: «Dándose cuenta, pues, Crono, como hemos expuesto, de que la naturaleza humana era absolutamente insuficiente para administrar de forma soberana los asuntos humanos sin llenarlo todo de insolencia y de injusticia, reflexionando sobre ello nombró entonces como reyes y magistrados de nuestras ciudades no a hombres, sino a démones de una raza más divina y mejor, igual que hacemos noso-